

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

35

JULIO-SEPTIEMBRE

1949

IMPRESA UNIVERSITARIA

FILOSOFIA Y LETRAS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

35

JULIO-SEPTIEMBRE

1949

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$7.00
Exterior	dis. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
José Gaos	<i>La "cura" en Goethe y Heidegger</i> 9
José M. Gallegos Rocafull	<i>Ideas del "Fausto" para una filosofía de la historia</i> 27
Eduardo Nicol	<i>El mito fáustico del hombre</i> 47
Francisco Monterde	<i>Aspectos de la elaboración del "Fausto"</i> 65
Rudolf Steiner	<i>Goethe como fundador de una nueva estética</i> 79
Iso Brante Schweide	<i>Goethe, masón</i> 99

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Augusto Salazar Bondy	<i>Sentido y sinsentido.</i> (Blumenfeld Walter.) 121
Francisco López Cámara	<i>¿Qué es la Ciencia?</i> (Szilasi Wilhem.) 126

	Págs.
Javier Tavera Alfaro	<i>El optimismo nacionalista como factor de la Independencia de México.</i> (Luis González y González.) 130
Juan Hernández Luna	<i>Epistolario y papeles privados.</i> (Justo Sierra.) 134
Elena Orozco	<i>Las corrientes literarias en América hispánica.</i> (Pedro Henríquez Ureña.) 139
Félix Gil Mariscal	<i>Los senderos fantásticos.</i> (Jaime Fernández Gil de Terradillos.) 145
J. H. Luna	<i>Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras.</i> 149
Publicaciones recibidas	157
Registro de revistas	159

GOETHE, MASON

Invitados por el Comité del Reich Alemán Organizador del Primer Centenario de la Muerte de Goethe, Manuel García Morente (España), Arturo Farinelli (Italia), Henry Lichtenberger (Francia), Robertson (Inglaterra) y Brante (Argentina), asistimos, en marzo de 1932, a un acto fúnebre de la Logia Amalia, de Weimar, en donde los masones de Turingia habían reconstruido la “Logia de Dolor” celebrada un siglo antes para despedir del tránsito de la vida al “durante 52 años hermano Goethe, Maestro de maestros”.

CON GARCÍA MORENTE EN WEIMAR

¿Hermano Goethe?... ¿Masón activo durante medio siglo?... El desagrado de García Morente era visible. ¿Cómo explicar —continuó razonando— que a nuestros cultivadores del espíritu goethiano, como Juan Valera, Marcelino Menéndez y Pelayo, Llorente, Espronceda y tantos más, se les haya escapado esa faceta esotérica del máximo genio alemán, cuya influencia y expansión en la cultura española —acentuó don Manuel— se debe indudablemente a la universalidad de la concepción y al clacisismo de la forma, factores fundamentales de toda literatura trascendente? ¿Cómo es posible que un hombre tan magno, celebrado en el mundo entero —insistió el maestro español—, que llegó a penetrar hasta la pampa Argentina con el *Fausto* de Estanislao del Campo, tuviese la infantil necesidad de encerrarse en el sectarismo de una logia?... El hecho es aún más problemático cuando se piensa que Goethe amó profundamente los escritos de Calderón de la Barca, Cervantes y Gracián, preñados de católica y sublime religiosidad. Es un enigma digno de ser estudiado, porque las relaciones entre Goethe y el mundo espiritual hispa-

noamericano se refuerzan, se ahondan de día en día. El impulso de manifiesta renovación española e hispanoamericana —prosiguió— va incorporando a su propia esencia el gran repertorio de las formas históricas y universales. Y los senderos que conducen a ese ideal pasan, ineludiblemente, junto a la figura de Goethe.

Hay que estudiar el problema y ver hasta qué punto merece ser tomado en serio, insistió el filósofo español, mientras íbamos encaminándonos a la iglesia de Herder (Herderskirche), atraídos por un fuga de Juan Sebastián Bach, religiosamente interpretada en el órgano del templo protestante.

En nuestra “passeggiata” recordamos lo que Weimar debe haber sido en la época del consejero secreto Johann Wolfgang von Goethe, que embelleció la ciudad con jardines y monumentos, sembrando por doquier arte, ciencia y humanidad. Ninguno de los grandes genios universales —ni Dante, ni Cervantes, ni Shakespeare— dejó un ambiente tan vivo, una atmósfera tan saturada de su propio ser, tan presente y tangible como Goethe en Weimar, hoy capital de Turingia, ayer capital de un gran ducado. Weimar, encanto de paisaje y armonía arquitectónica, tierra de promisión de la clásica espiritualidad germana, que ha germinado al amparo de príncipes cultos y munificentes, fué también cuna de la Constitución republicana. Legendaria ciudad de poetas, músicos y filósofos, de Goethe y Schiller, de Herder y Wieland, de Nietzsche, Liszt y Wagner; ciudad de ensueño, de nobles y grandes ideales. En su atmósfera risueña fluye el *genius loci* lleno de magia. Árboles frondosos, casas envueltas en la dulzura florida y boscosa, irrigada de arroyuelos. Toda la ciudad respira de Goethe. Cada calle, cada casa antigua tiene su historia casi milenaria. Por aquí pasaron los jefes del luteranismo turingio y el ejército napoleónico. Lucas Cranach y Juan Sebastián Bach crearon en este ambiente obras inmortales. Por ahí pasaron los pintores Böcklin y Lenbach, los músicos Liszt, Wagner y Nietzsche; porque Nietzsche además de ser filósofo, poeta y literato, fué también músico. Y por encima de tanta gloria, todos los visitantes contemplan y veneran los árboles que Goethe trajo de Roma, la casita campestre en que solía reunirse con la baronesa de Stein, los cuadros y grabados con que obsequió a la Biblioteca pública, su casa residencial, y hacen comentarios ante el voluptuoso *ilmennau* en que Goethe, que conocía el misterio vivificador del agua, se echaba a nado ante la estupefacción de los transeúntes. “Está loco”, decían, pero

le toleraban también esta locura, porque era el orgullo del duque, el hijo predilecto de la ciudad de Weimar.

García Morente oye y medita. Nos acercamos a la casa en que Johann Gottfried Herder vivió sin alegría durante 27 años. Lo trajo Goethe y lo hizo nombrar superintendente general de la ciudad de Weimar. Tuvo a su cargo la iglesia de la ciudad, construida a fines del siglo xv. Ahí predicó y escribió la mayor parte de sus obras. Hablamos del maestro y del pastor protestante, de la *Metacrítica a la Crítica de la razón pura*, de sus cartas humanistas y de las *Ideas para la filosofía de la historia de la humanidad*. García Morente, hijo legítimo de la escuela neokantiana de Marburgo, no comulga con Kant ni con Herder, pero no le desagrada el argumento herderiano del proceso evolutivo del idioma en oposición al apriorismo kantiano. Que la razón emane del habla y que en lugar de la crítica de la razón se imponga una fisiología de las fuerzas del conocimiento humano, no le convence satisfactoriamente. En cambio, García Morente comparte la tesis igualmente herderiana de que todo emana de Dios, “eterna e infinita raíz de todas las cosas, porque el orden, la formación y la evolución del mundo es expresión del poder divino y de la razón divina”.

Antes de pisar los umbrales de la Herderskirche, otra congoja invade a mi atormentado compañero, cuando un amigo alemán con quien tropieza le informa que también Herder fué masón. “Parece que vamos de logia en logia”, comenta resignado, y entramos en la penumbra de la nave religiosa, sumidos en la dulce atmósfera de la música de Bach. La expresión de mi acompañante se ha transfigurado. Nos acercamos a la tumba de Herder, que yace al amparo de una maravillosa imagen de altar de Lucas Cranach. En la lápida está diseñado el anillo pastoral, una serpiente cerrada en círculo, cuya cabeza despide rayos de luz; el nombre, fecha de muerte y de nacimiento. También leemos las palabras LUZ, AMOR, VIDA, que simbolizan los ideales del extinto.

Salimos a la calle, mientras el organista persistía en su seráfico afán... “¿De manera que Goethe y Herder eran hermanos de logia? Valdría la pena documentarse y estudiar tan soberbia chifladura...”

No sé si García Morente —que ya el día anterior nos dejó ir solos a Farinelli, a Lichtenberger y a mí, a casa de la simpática pero algo confusa hermana de Federico Nietzsche, doña Elisabeta, para la cual el Duce y el Führer eran “los hijos más nobles de Zarathustra”— dejó al-

gún trabajo al respecto. Supongo que no, porque ya iba camino al misticismo monacal. Pero ahí van resumidas las investigaciones que pude hacer acerca de la vida masónica de Goethe, desconocida en el mundo hispano. Ni siquiera en el *Diccionario enciclopédico de la masonería* de Lorenzo Frau Abrines, Rosendo Arús y Arderiú y Luis Almeida, publicado en Barcelona, figura el nombre de Goethe.

El príncipe de las letras alemanas se inició en la Logia Amalia, de Weimar, el 23 de junio de 1780, perteneciendo a ella hasta su muerte: 22 de marzo de 1832.

LOS MONARCAS ALEMANES EN LAS LOGIAS

El siglo XVIII europeo estuvo cuajado de sociedades secretas con tendencia masónica, que acogían en su seno las inquietudes progresistas de la época. Las cuatro logias londinenses se habían unificado en el día de San Juan de 1717, eligiendo a un solo Gran Maestro y constituyéndose en Gran Logia de Londres. Sus principios renovadores se propagaron rápidamente en Francia, donde la tradición de la orden religiosa de Malta,¹ disuelta por la Santa Sede, se iba vigorizando por el ardor proselitista del naciente enciclopedismo. Voltaire y Montesquieu, Leibniz y Christian Wolf, Newton y toda una pléyade de hombres ilustrados (la "ilustración" estuvo muy en boga), produjeron una corriente de liberación de viejas formas opresivas. El afán de asociarse y de luchar en secreto, ya que esto no era posible en público, se había apoderado febrilmente de todos los pueblos europeos, y Goethe llegó a fijar un principio, en su *Poesía y verdad*, tendiente a nulificar al hombre aislado. "Cualquier cosa —dice— que emprenda o manipule el hombre, él solo no se basta. La sociedad es indispensable a todo ser activo. Todos los hombres útiles

1 La Orden de Malta u Orden de los Caballeros Hospitalarios de San Juan de Jerusalén, fué caritativa y guerrera como la Orden de los Templarios. Cada uno de los jefes supremos de ambas órdenes religiosas se denominaban "Gran Maestro". Los Templarios, inmensamente ricos, fueron disueltos por Felipe el Hermoso de Francia, de común acuerdo con el Papa Clemente V. Jacobo o Santiago de Molay, último Gran Maestro de los Templarios, fué quemado vivo en París, en 1314, acusado de ser masón. Y aunque nada tenían que ver estas órdenes religiosas con la masonería, los masones siguen recordando en sus talleres a Jacobo de Molay. Los hospitalarios se establecieron en Malta, isla que recibieron de Carlos V, gobernándola autocráticamente. Los motivos de la disolución de dichas órdenes son más bien de carácter político que religioso.

deben estar relacionados entre sí, así como lo está el constructor con el arquitecto y éste con los albañiles y demás operarios."

Los príncipes desunidos de Alemania, siempre orientados hacia Versalles y París, tributarios de la cultura francesa (Federico el Grande hablaba y escribía mejor el francés que el alemán), abrazan también la fe masónica y protegen a las logias que se constituyen en sus Estados. El citado Federico se inicia en una logia, antes de ser rey, y en contra de la voluntad de su padre. En 1738 instala la primera logia prusiana, aunque diez años después deja el mallette para siempre y cierra la Logia Real, por el disgusto que recibe de un hermano y alto jefe de su ejército que resulta ser traidor.²

GOETHE ATRAIDO POR LA SOCIEDAD SECRETA

En 1764, en el mismo año en que se constituye la logia en Weimar bajo la alta protección de la duquesa Amalia, el apenas quinceañero Goethe hace el primer intento de acercarse a la Sociedad Arcadiana Fílandria de Frankfurt. Ante las dificultades que se le presentan para ser

² Como la masonería mexicana sigue observando supuestas tradiciones federicianas, superadas en la misma Alemania, y como en torno a Federico el Grande, que tuvo por secretario y amigo a Voltaire (con el que luego se enemistó), denominándose a sí mismo "rey filósofo", se han creado muchas leyendas masónicas, al punto de sostener que el augusto monarca siguió dirigiendo los trabajos masónicos de su Estado hasta el fin de su vida, no está demás referir exactamente, en la traducción castellana, el desarrollo de la última sesión masónica en que participó el rey de Prusia Federico II. He aquí el documento:

"Después de cuatro años de interrupción en los trabajos masónicos, Federico II convocó, en Potsdam, la Logia Real, en su calidad de Maestro, para el 10 de febrero de 1748. Con su acostumbrada elocuencia, el regio Maestro inició los trabajos, recordando los deberes que cada uno de los hermanos tenía para con la patria, con los hermanos y con sus jefes de Estado. Luego, en tono grave y resuelto, dijo: uno de los hermanos presentes en esta reunión, que ha violado las leyes de la orden, faltando a su deber ante el Estado, a su juramento, a la fidelidad y gratitud que me debe como Maestro de logia y como rey, se ha hecho culpable de grave y mortal delito.

"Como rey, lo quiero ignorar; como Maestro de logia deseo perdonarle; como hermano le extiendo la mano, para levantarlo de su caída, y como hombre quiero olvidar lo acontecido. Lo único que exijo es que aquí mismo reconozca su delito; que se arrepienta y se porte mejor. En este caso todo quedará entre nosotros, sin que jamás se vuelva a insinuar nada al respecto.

"Si, en cambio, el culpable permanece callado y no acepta el perdón ofrecido, entonces debo advertirle que como Maestro estoy obligado a abandonar la logia para siempre, y como primer funcionario del Estado, a entregarle a la justicia."

Angustiadados se miraron los hermanos, interrogándose silenciosamente. Ninguno pudo explicarse las tremendas advertencias del monarca. Ni el hermano Walkrawe se imaginaba que su traición fuera descubierta y que el rey se refería a su persona.

admitido, porque esta sociedad exclusivista admitía en su seno a los solicitantes después de minuciosa investigación por medio de cultos y agudos observadores, el aspirante dirige una carta al "Arcón" de la sociedad, Herr Ludwig Ysenburg von Buri, para que él mismo decida si el joven Goethe es digno de ser su amigo y admitido en la sociedad. "No se enfade —le escribe al respetable señor— por mi audacia, y perdónela. No puedo obrar de otra manera, porque aun si lo pudiéramos, el permanecer callado por más tiempo y venerar secretamente las dotes de usted, lo que hice hasta ahora, me causaría inmenso pesar. Ninguno de los amigos que lo conocen a usted desea brindarme esa felicidad inestimable. Ello se debe quizá también a una pequeña envidia. Pero se me ocurre que a lo mejor usted no quiere tratar con gente que tenga mis defectos, para no responsabilizarse con ella. Vuestra merced sabrá con qué afán solemos ocultar nuestras deficiencias, cuando buscamos la manera de llegar a una persona de nuestra admiración. Pero yo las exhibo de antemano. Bien sé, por supuesto, que le parecerá largo el tiempo dedicado a mi charlatanería, pero antes o después de conocernos usted tendrá que percatarse de ellas. Uno de mis mayores defectos es que soy algo impulsivo. Usted conoce, por cierto, a los temperamentos coléricos; en cambio, nadie olvida más fácilmente que yo una ofensa recibida. Luego, estoy muy acostumbrado al mando, pero adonde nada tengo que decir, no intervengo para nada.

Después de breve intervalo el rey repitió lo anteriormente dicho. Silencio profundo reinó en la sala.

Federico el Grande insistió por tercera vez. Y todos permanecieron mudos.

Las lágrimas brillaron en los ojos del monarca y Maestro. En forma grave y solemne se puso de pie, y con tres golpes de martillo clausuró para siempre la logia, haciendo detener, en el atrio, al traidor, por el general mayor von Winterfeldt. Sucedió que el servicio secreto del rey había interceptado una comunicación del general mayor Gerhard Cornelius von Walkrawe, comandante de zapadores y hermano de logia de Federico, dirigida al príncipe von Kaunitz, ministro de María Teresa de Austria, al que revelaba los planes de las fortificaciones e indicaba el lugar de las minas colocadas en defensa de su propia patria. Fortificaciones de Walkrawe tuvo que ejecutar por orden de su rey. Después de muchos años de prisión, el traidor pereció miserablemente en la fortaleza de Magdeburgo.

Pero Federico, que vivió hasta el año de 1786, no volvió más a la logia, viéndola profanamente el resto de su vida. Y cuando en 1777 el Gran Maestro de la Gran Logia de los Tres Globos, príncipe Federico de Braunschweig, solicita al rey de Prusia el envío de un retrato suyo para la logia, el rey contesta irónicamente: "Su Alteza Real —dice— es de opinión que un retrato mío en la logia de estos masones pudiera servir de aliento en el cumplimiento del deber; lo pongo, pues, a su disposición, ¿Pero no le parece a usted que —teniendo en cuenta los rasgos de mi avanzada edad— esa efigie serviría mejor de espantapájaros en un jardín, que de aliento en una noble competencia de sabios reunidos en asamblea?"

Mas con mucho gusto me sometería a un régimen, si así fuera necesario, impuesto por usted. Al principio de mi carta usted encontrará mi tercera deficiencia: la de que yo le escriba como si lo conociera desde hace cien años. Pero qué he de hacer; eso es algo inherente en mí de lo que no puedo liberarme. Espero por lo tanto que su espíritu, que no se liga a pequñeces como el ceremonial, me lo perdone. De cualquier modo, créame usted que nunca dejaré de tenerle la debida estimación.

“Otro defecto mío acude a mi memoria: el de ser muy impaciente; es que no me place quedar mucho tiempo en la incertidumbre. Recomiéndole, pues, resolver mi caso a la mayor brevedad posible.

“Estos son mis defectos principales. Su ojo agudo observará otros cien más, los que, espero, no me excluirán de su gracia, y que tanto mis deficiencias como mi esmero le enseñarán que soy y quedo de su altamente estimada señoría, el sincero y reconocido servidor.

Frankfurt, mayo 23 de 1764.

J. W. Goethe.”

LUCHA EN VANO PARA SER ADMITIDO

Esta súplica de niño precoz, tan llena de sugerencias psicológicas, cayó en el vacío. Friedrich Gottlieb Schweitzer, hijo del consejero y abogado Gottlieb Sigismund, encargado del peritaje de admisión del nuevo e imberbe candidato, opinó desfavorablemente. Buri contestó con un escrito amable y lógicamente bien razonado, excusándose de no poder tomar decisión alguna sin someter antes la cuestión al consejo directivo, después de estudiar el informe del correspondiente “observador”.

Goethe, que conocía la animadversión del “observador”, el cual era su “amigo”, volvió a escribir otra carta igualmente devota, elogiando la cautela de Buri, pero insistiendo en que él mismo lo examinara, sin fiarse demasiado del “observador”, “porque yo —dice— me asemejo a un camaleón, y por más inteligente que Alexis (el observador) fuera se le podría escapar algo que no sería del agrado de usted”.

“Su cautela, lejos de ofenderme, me honra. Si su sociedad estuviese formada de tal manera que cualquier tonto deseoso de adherirse a ella pudiera ser aceptado, ¿sería una honra para mí pertenecer a ella? ¡Oh,

nó!... Tenemos, como usted ha de saber, muchos tontos en nuestra ciudad. Supongamos que a uno de ellos se le ocurre ingresar en su sociedad. Entonces acude a su maestro de ceremonias (*Hofmeister*) para que le redacte una carta, y por supuesto muy amable. El maestro la escribe y el joven señor la firma. Así usted recibe un alto concepto de su sabiduría y lo acoge en su seno sin investigación alguna. Pero cuando luego usted se encuentra con él y lo examina a la luz del día, se da cuenta de que en lugar de un sabio usted aumentó la sociedad con una cabeza de res. ¡Esto sería irresponsable! Posiblemente yo también sea una de estas cabezas; de manera que su precaución está bien aplicada.”

Después de esta misiva del 2 de junio, Goethe escribe por tercera y última vez al mismo destinatario el 6 de julio. Pero fracasa rotundamente. La Sociedad Arcadiana Filandria, que a los pocos meses se convierte en logia masónica, no lo quiere. El muy respetable supremo jerarca Ysenburg von Buri pone punto final a la correspondencia con unas líneas escritas al “observador” Schweitzer, el 19 de septiembre del mismo año: “El señor Goethe está muy silencioso y espero que no se anuncie más. Pero si a pesar de todo fuera tan descarado, me he propuesto no honrarle ni siquiera con una respuesta.”

DESQUITE Y “LOCURA”

Diez años después, Goethe se hizo célebre en su ciudad natal. La Sociedad Arcadiana Filandria, de Frankfurt, hace esfuerzos por atraerlo, pero en vano. Por dignidad o resentimiento, o por ambos motivos a la vez, el otrora rechazado Goethe declina ahora las insistentes invitaciones de la logia. En sus Memorias no cita el caso, que debe de haberle dolido, pero en *Poesía y verdad* explica el episodio en esta forma: “Hasta la prestigiosa y bien fundada logia masónica, cuyos miembros más respetados he conocido por mediación de Lili,³ supo acercármese hábilmente; pero yo, llevado por un sentimiento de independencia, que más tarde me pareció locura, rechacé cualquier anudamiento, sin considerar que estos hombres, tan bien unidos con sentido de elevación, hubieran podido alentar mis objetivos, tan afines a los de ellos.”

³ Lili, amiga de Goethe, es Fräulein von Ziegler, que perteneció a la “Sociedad de los Santos”, organismo análogo al de la Arcadia de Frankfurt.

No cabe duda que desde muy temprana edad Goethe se movía en esferas masónicas. Ya en 1724 la Gran Logia de Londres había instalado una logia provincial en Frankfurt, y ésta se ramificó hasta Estrassburgo, en donde el estudiante de Derecho Johann Wolfgang Goethe tuvo amigos masones, tanto más que la historia masónica de aquella hermosa ciudad se remonta al siglo xv. De ahí arranca la amistad con Herder, que ya era masón.

Aunque Carlos Augusto, duque de Weimar, escribiera a Lavater, unos meses antes de recibir la luz masónica, que a su amigo Goethe no le interesaba "la ciencia masónica más que la medicina y la matemática" (12-VII-1781), el mismo Goethe confesará más tarde (1814) en su *Symbolum* que

La trayectoria del masón
Va pareja con la vida,
Y su aspiración
Va pareja con los actos
De los hombres en la Tierra.

*Des Maurers Wandeln
Es gleicht dem Leben,
Und sein Bestreben
Es gleicht dem Handeln
Der Menschen auf Eerden.*

Y luego de anunciarnos que, imperturbables, hemos de marchar adelante, pese a las adversidades de la vida, hasta que descansemos en las tumbas así como las estrellas descansan en las alturas, advierte cómo

Nos llaman de arriba
Las voces de los espíritus,
Las voces de los maestros:
No dejéis de ejercer
Las fuerzas del bien.

*Doch rufen von drüben
Die Stimmen der Geister,
Die Stimmen der Meister:
Versäumt nicht zu üben
Die Kräfte des Guten.*

SU FILOSOFIA

Filosóficamente está definida la personalidad de Goethe, pero vana empresa sería el querer encasillarlo rígidamente en el engranaje termi-

nológico de una escuela. Mucho se habló de su panteísmo helenizante. El mismo se reconoce panteísta, pero en su calidad de “investigador de la Naturaleza” (*Naturforscher*), como declara serlo en una carta dirigida a Jacobi en 1813. Sin embargo, 18 años después escribe a Zelter que todavía no ha encontrado persona alguna que supiera explicarle el significado de esta palabra. Schleiermacher solía decir que “el panteísmo es la religión secreta de los alemanes”. Los puntos de contacto que Goethe tuvo con el *Deus sive natura* de Baruch Spinoza, lo llevaron a plásmar el concepto de “Dios-Naturaleza”, reconociendo que cada ser pensante toma el mundo ya formado como plataforma para crear un mundo —un Dios y una Naturaleza— afín a su propia imagen, adaptándolo a sus conveniencias, necesidades y convicciones. Tolerante por experiencia, Goethe sostiene que el que se familiariza con ese modo de ver el mundo, llega a considerar la propia y ajena manera de concebir, como simple fenómeno, y no tiene por qué enfrentarse con nadie. Rechaza toda filosofía que no tienda a la unidad de todo lo que pasa entre cielo y tierra. Cree en la existencia de la unidad sincronizada entre Naturaleza y ser humano, como enseña Spinoza; cree en ese Dios-Naturaleza en el que pulsa una vida eterna en movimiento perenne, reveladora de una interrelación operante entre materia y espíritu, entre alma y cuerpo. Y como la materia no puede existir sin el espíritu, ni el espíritu sin la materia, por eso el que quiere elevarse debe querer el todo; el que trata del espíritu no debe abstraer de la Naturaleza; el que habla de Naturaleza, debe presuponer el espíritu o co-comprenderlo silenciosamente. El pensamiento no se deja separar de lo pensado, ni la voluntad de lo que la mueve. “Así es —termina diciendo a Jacobi— como me apoyo fuertemente en la adoración de Dios del ateaista Spinoza, y os regalo todo lo que se llama religión.” En esta carta escrita en 1786, como en *Dios y Naturaleza*, en *Máximas y reflexiones*, en el *Fausto*, en el “Fragmento sobre la Naturaleza”, Goethe observa la actuación de una perfecta armonía entre lo divino y lo humano. Cada criatura es sólo una molécula, una nota de una inmensa armonía digna de ser estudiada en su complejidad. De lo contrario, ella sería letra muerta. Todo lo que expresamos casualmente, mecánicamente, física o químicamente; todo lo que nos parece psíquico, ético, religioso y genial, es lo *eternamente-uno* que se revela en su pluralidad. La Naturaleza —ella es todo— no tiene secreto que en alguna

parte no se exhiba en toda su desnudez ante el sutil y sagaz observador. El ser humano está colocado como una realidad en el centro de un mundo real, y provisto de órganos que le permiten reconocer y por ende producir lo real y lo posible. Parece ser el *sensorium commune* de la Naturaleza, aunque no todos conciben y se compenetran en igual medida, pese a lo mucho que tenemos en común. Y como si se analizara a sí mismo, advierte Goethe que en el hombre superior la Naturaleza queda grabada en su conciencia, y ésta concibe y piensa lo que en todos los tiempos fué y es.

Esa divinización de la vida humana hace a Goethe conciliarse con todos los credos y religiones. En el Primer Congreso Argentino de Filosofía (Mendoza, 1949), el neoescolástico Fritz-Joachim von Rintelen, de la Universidad de Maguncia, habló con entusiasmo católico de Goethe como "maestro de nuestra concepción del mundo y de la vida".

La esencia de su filosofía, que hemos rozado apenas, está íntimamente ligada a su vida masónica. Las virtudes masónicas aparecen en toda su obra, tejidas con el hilo de Ariadna. En sus poesías masónicas aparecen siempre la invocación divina y la nobleza humana.

Salve, oh desconocido
Ser Supremo
Que intuimos,
Su ejemplo nos enseña... etc.,

dice en uno de sus recitales de logia.

EXTRANJERO EN WEIMAR

Cuando Goethe llegó a Weimar (1775) tenía 26 años de edad. Como todo carácter firme y definido, chocó con poderosos y mediocres. Era de otro Estado, de Frankfurt, hablaba el alemán con otro acento, vivo y ameno en la conversación, rodeado de simpatía por las damas de la Corte, culto, inteligente, con fama de poeta consumado. Los hombres que tenían posiciones que conservar sintieron la preponderancia del recién llegado. Y comenzaron las hostilidades. No obstante la protección de la duquesa Amalia y del duque Carlos Augusto, el jefe del Gabinete y consejero secreto Jakob Friedrich von Fritsch, pedante y celoso de su jerarquía, opuso viva resistencia a Goethe, "por su juventud, su inexperiencia en los negocios, su carácter de extranjero", que podían surtir

efectos contraproducentes a los intereses del Estado. Von Fritsch llamó la atención vigilante del duque sobre ese peligroso experimento que hacía, cuando en junio de 1776 nombró a Goethe consejero de legación con voz y voto en el Consejo ducal. Dos años y medio después, el duque le entrega la Jefatura de las Comisiones de Guerra y Construcción de Caminos. Y en agosto de 1779 ya es consejero secreto, que equivale al cargo de ministro de Estado.

Esa trayectoria no agrada al Excmo. señor Jefe del Gabinete von Fritsch, obligado a ratificar los acuerdos ducales, a pesar de sus observaciones negativas. Y von Fritsch, hombre de mucha cultura y gran experiencia política y administrativa, resuelve presionar sobre el duque, presentándole su dimisión en el supremo interés del ducado, al que desea preservar de los errores que podía cometer el mozalbeta extranjero Goethe.

Pero Carlos Augusto, estadista sutil de vasta cultura humanista y profundos conocimientos de la psicología humana, sabiendo perfectamente lo que valen uno y otro, devuelve la nota dimisionaria y le da una soberbia lección a su Jefe de Gabinete con las palabras que vierte en el mismo papel y que dicen así: "Gente bien intencionada comparte mi felicidad de poseer a este hombre. Su inteligencia, su genialidad es notoriamente concocida. Utilizar a un hombre de ingenio en un lugar distinto del que puede servir con sus dotes, es abusar de él. El mundo suele opinar con ideas preconcebidas; mas yo trabajo y me esfuerzo como cualquier otra persona que desea cumplir con su deber, no por la gloria, sino para poder justificarme ante Dios y ante mi propia conciencia."

Von Fritsch no volvió más a presentar dimisiones. Goethe, que conocía su rivalidad, nunca abusó de ella. Siempre fué amable y condescendiente con el Jefe del Gabinete. No era piedra de escándalo ni manzana de discordia. Al contrario. A fines de noviembre de 1779, antes de regresar a Weimar después del viaje a Suiza que hizo con el duque, le escribe a von Fritsch, desde Zürich: "... por lo que a mí se refiere, puedo considerar ese tiempo como el más feliz de mi vida, y si a mi regreso yo pudiera encontrar nuevamente los sentimientos y la benévola inclinación de Vuestra Excelencia, nada más que desear me quedaría por ahora."

SOLICITA SER MASON Y ES ACEPTADO

Vuelve a Weimar el 13 de enero de 1780, con experiencias nuevas y bríos renovados, y el 13 de febrero, después de una larga conversación masónica celebrada en la cercana Gotha con Herder y Bode, editor, del "Götz von Berlichingen" (desde que en 1777 el duque Ernesto II de Gotha, Gran Maestro de la Gran Logia de Alemania, visitó Weimar, se estableció una relación muy fraternal entre la Logia Amalia weimariana y la "Seriedad y Compás" de Gotha), Goethe dirigió una solicitud al entonces Maestro de la Logia Amalia, que era el mismo von Fritsch, Jefe de Gabinete del duque Carlos Augusto, en los siguientes términos:

"Excelencia: me tomo la libertad de molestarlo con una súplica. Desde hace tiempo tuve motivos y deseos de pertenecer a la sociedad de los masones. Esta aspiración se hizo más vehemente en el reciente viaje. Sólo ese título me faltó para entrar en relación más íntima con personas que aprendí a estimar, y ese sentimiento sociable es el que me hace solicitar la aceptación en la logia. ¿A quién podría yo presentar mejor este asunto que a Vuestra Excelencia? Espero la amable directiva que usted se digne dar a la cuestión; espero bondadosas indicaciones al respecto y me suscribo devotamente de Vuestra Excelencia muy atento servidor.

Goethe."

De ahí resulta que durante el viaje a Suiza se maduró la decisión masónica de Goethe, tomada, probablemente, de común acuerdo con Carlos Augusto, que todavía no era masón aunque era protector de la logia que llevaba el nombre de su ilustre progenitora, Amalia, y que se fundó el 24 de octubre de 1764, con motivo del 25º cumpleaños de la duquesa.

Goethe estuvo cinco años en Weimar, rodeado de masones, antes de pedir su adhesión a la logia, a cuyas tenidas debe de haber asistido anteriormente, porque en su Diario del 2 de abril de 1777 encontramos la rapsódica anotación de "Anoche confusión sobre □". El cuadrilátero significa logia en términos masónicos, lo que Goethe debe haber conocido aun siendo profano. Lo curioso del hecho es que antes de su iniciación, Goethe

tuviese ya cuidado de substraer la palabra *logia* al ojo profano que viera sus anotaciones, lo que demuestra el respeto que guardaba al misterio masónico.

Von Fritsch, cuyos sentimientos, o resentimientos, hacia Goethe no deben de haberse modificado, comunicó la solicitud a los hermanos de *logia*, y, como nadie se opuso, cuatro meses más tarde, la víspera de la fiesta de San Juan, Goethe pudo golpear a la puerta de Occidente e iniciarse en la *logia*. . . Ostensiblemente el Maestro von Fritsch no asistió al acto, y nunca explicó el motivo de su ausencia. El martillo estuvo a cargo del Maestro Johann Joachim Christoph Bode, editor, amigo del iniciado.

Nada extraordinario aparece en el acta (plancha de Arquitectura) que registra el acontecimiento, pero para la historia íntima del personaje y para los que aún indagan si las relaciones con la baronesa Charlotte von Stein eran puramente académicas o no, cabe señalar la siguiente misiva escrita por Goethe a su amiga, que estaba en Kochberg, el 24 de junio de 1780, es decir, la misma noche en que se hizo masón: "Un obsequio insignificante, al parecer, la espera a su regreso. Pero su significado asombroso consiste en que sólo una vez en mi vida y a una sola mujer lo puedo ofrecer." Estas palabras, llenas de amor y de misterio, que se asemejan a una charada, se refieren al par de guantes de mujer que el masón solía recibir en el acto de su admisión, como señal de la gran estima que los hermanos deben profesar al sexo femenino (a pesar de que las mujeres no tienen acceso a los trabajos masónicos). Esta prenda la recibe el neófito para que la regale a su fiel compañera, ya elegida o por elegirse. Y el 24 de julio Goethe escribe a Carlota: "Los célebres guantes van adjuntos."

ASPIRA AL GRADO DE MAESTRO

Desde su viaje por Suiza, a través de Frankfurt y Strassburg, en unión del duque y amigo, Goethe parece encontrarse en un período crucial de su vida. Es un Goethe soberbio, vigorosamente maduro. "Quiero ser señor de la situación —anota el 13 de mayo de 1780 en su Diario—, y sólo el que se supera a sí mismo es digno de dominar y puede dominar." Claro está que se trata de un dominio espiritual, pero se ve que es consciente de su misión y no piensa abandonar la lucha por ese dominio.

Otra anotación significativa es ésta: "Siento siempre más y más una confianza general, y quiera Dios que yo pueda merecerla, no como fácil sería, sino como lo deseo. Lo que llevo en mí y en otros nadie lo sabe. Lo mejor es el silencio profundo, en el que vivo y crezco y triunfo en contra del mundo, que no me lo puede quitar ni con el fuego ni con la espada."

Parece que la masonería colmó sus aspiraciones esotéricas, y estaba tan orgulloso de pertenecer a la logia, que justamente una semana después de su iniciación, el 3 de julio de 1780, escribía a Lavater, su confidente y admirado amigo, en un N. B.: "¡Ya soy masón! ¿Qué le parece?"

En sus viajes, siempre iba en busca de hermanos conocedores del "arte real", sinónimo de arte masónico, para entretenerse con ellos y ahondar los misterios de la comunidad secreta. "El conocimiento de muchos venerados hermanos me causó un placer especial y me hizo sentir los beneficios de mi admisión", escribe Goethe el 1º de octubre de 1780, desde Meiningen, a su Maestro de logia, después de la reunión que tuvo con los duques de Sajonia, en Ruhla.

El iniciado, que estudia, medita y avanza en el conocimiento de nuevos misterios, tiene sed de saber más y más. Advierte que hay mucho que aprender todavía. Por eso escribe al Venerable Maestro: "¿Debo recomendar a Vuestra Excelencia mis propias y pequeñas cuestiones ante la proximidad de una nueva reunión de logia? Aunque me someto a todas las reglas por mí desconocidas de la orden, sin embargo deseo, si no está en contradicción con los estatutos, dar otros pasos ulteriores para acercarme más a lo esencial. Lo deseo tanto para mí como para el bien de mis hermanos, que a veces se sienten molestos al tener que tratarme como a un extraño. Si fuera posible elevarme al grado de Maestro, me sentiría gratamente reconocido. Los esfuerzos que hice hasta ahora en el útil conocimiento de la sabiduría de la orden, no me hicieron quizá totalmente indigno de tal grado."

CONOCIO LO INCREIBLE

A esa nueva súplica dirigida el 31 de marzo de 1781, el Maestro de logia observó que los tres años iniciales de aprendizaje eran indispensa-

bles, pero que, no obstante, se le facilitaría la trayectoria ascendente, concediéndole el segundo grado en la noche de San Juan del mismo año.

Cumplido, correcto y ordenado como siempre, Goethe agradece, dándose por complacido, y reconociendo que está "lejos de aspirar a lo que aún me está vedado". En marcha hacia la perfección, el aprendiz Goethe, guiado por los golpes del martillo de von Fritsch, va distinguiéndose, mereciendo baterías de júbilo; va encaminándose hacia la maestría que consigue a los dos años, sumergiéndose en una nueva etapa misteriosa. Esos grados no tienen ninguna importancia externa para Goethe. El mismo lo dice al músico Kayser, de Zürich (14-VI-1782): *En la orden soy Maestro. Eso no significa mucho. Por las otras salas y cámaras me ha conducido 'extrajudicialiter' un buen espíritu. Y sé lo increíble.* ¡Que revelación! Goethe aprendió lo increíble, es decir, tuvo la felicidad de conocer el misterio en el que antes no pudo ni supo creer. Esa inmersión goethiana en el mundo trascendente de la francmasonería es privativa suya, íntima, oculta, secreta. Nos la comunica sólo poéticamente:

A lo que apuntamos,
lo que todos ansiamos,
¡Calladlo, calladlo!

*Worauf wir zielen,
Was alle fühlen,
Verschweigt, verschweiget!*

Y en otra ocasión:

No preguntes por mí ni lo que guardo en el corazón,
Eterno silencio sin juramento incumbe al hombre.

*Frage nicht nach mir und was ich im Herzen verwahre,
Ewige Stille geziemt ohne Gelübde dem Mann.*

MASON ACTIVO Y PERSEVERANTE

Aunque nunca presidió los trabajos de la logia, ni dentro ni fuera de Weimar, ni quiso aceptar cargo alguno, actuó, sin embargo, como orador en ocasiones solemnes. Y nada importante llevaron a cabo sus hermanos sin consultarle. Asimismo, en tiempos de crisis en que la logia quedó durmiendo, por el caos ideológico imperante en la vida masónica alemana, debido a la invasión de iluminados, rosacruces, fabricantes de oro y alquimistas, Goethe permaneció activo. "Mientras tanto

—dice en una carta—, no hemos sido estériles como masones; hemos observado silenciosamente al mundo y a los hombres, el espíritu del tiempo y los resultados de sus actividades, el progreso de la masonería en su perfeccionamiento, y también sin trabajos de logia hemos intentado cumplir fielmente nuestros deberes masónicos, en la medida de nuestras posibilidades.”

En el afán de perfeccionarse y perfeccionar a los demás, Goethe observaba las incoherencias propias y ajenas, y, sintiéndose maestro, señalaba el desequilibrio existente en muchas personas, debido a la preponderancia de una aptitud sobre otra. De ahí se derivaban las unilateralidades, que llevaban a la aberración o a la ingenua soberbia de creer que el mundo fué creado para ellas. Ocurre, decía Goethe, que muchas de estas personas colocan sus capacidades y aptitudes primordiales a la cabeza de todo lo demás, con el objeto de renegar o expulsar de su propia existencia, de su totalidad, las aptitudes inferiores y menos desarrolladas. El estaba convencido de que todas las manifestaciones humanas —sensualidad y razón, inteligencia y fantasía— debían ser modeladas en una unidad decisiva, cualquiera que fuese la característica predominante. De lo contrario, “el que no se dé cuenta de ello se torturará siempre en un círculo estrecho y desagradable, y nunca comprenderá el porqué de las hostilidades de tantos adversarios tenaces, y por qué se condena, a veces, a sí mismo como a su propio adversario. Nadie es igual a otro, pero igual es cada uno al más alto, es decir, a Dios.”

La cadena de masones ilustres de la época era asombrosa: Goethe, Mozart, Herder, Zelter, Wieland, Humboldt, Mendelssohn, Lessing Schlos-ser eran masones, jerárquicamente incorporados. En casos de importancia, Goethe excusaba su ausencia de la logia cuando estaba ausente, “porque no quisiera aparecer ni por un momento como indiferente ante una unión tan querida e importante”.

Era tan celoso de su hermandad, que cuando se daba cuenta de que gente ambiciosa e impreparada intentaba crear sus propias logias, él se oponía con su inteligencia y con el poder del Estado. “La masonería —señala preocupado— se está convirtiendo en *status in statu*”, indicando que “donde ya fué introducida una vez, el gobierno la dominará, intentando hacerla inofensiva; mas introducirla en lugares nuevos no es siempre aconsejable”. Analiza la actitud asumida por las autoridades napo-

leónicas durante la invasión, sosteniendo que entonces “pudimos darnos cuenta de que los franceses apreciaban la masonería, estaban apegados a ella y se dejaron enternecer por la logia . . .” Nuevamente surgió, dice Goethe, el deseo general de volver a introducir en nuestros países ese viejo talismán. “Yo propuse revivir la Logia Anna Amalia de las Tres Rosas . . . y crear una logia hermana en Jena y otra en Rudolfstadt, cerrando así un triángulo oportuno entre los tres lugares.”

PAPA GOETHE INICIA A SU HIJO

Motivo de alegría y celebración para Goethe, es cuando Wieland, a la edad de 76 años, se inicia en la Logia Amalia (1809). Bien pronto introduce Goethe a su hijo Augusto, personalmente, a la misma logia. Y cada vez que Julio Augusto Walter von Goethe, consejero de Cámara y junker de Cámara, participa en los trabajos de Taller, el padre se entretiene largamente sobre lo acontecido y muchas veces le da encargos verbales y escritos. Los hermanos agradecen siempre los saludos paternales y recuerdan con cariño “lo que es y será para honra de Alemania”.

En una anotación del Diario (8-XII-1821), papá Goethe escribe: “Asuntos de logia.” Antes de partir para el balneario de Marienbad (11-VI-1822), padre e hijo conversan nuevamente “sobre cuestiones masónicas”. El 16 de julio da a su hijo estas instrucciones: “A propósito del fallecimiento de Sachse, sería bueno que tú visitaras al ministro de Estado von Fritsch y le dijeras que al partir Sachse todo ha sido ordenado en tal forma que el negocio no resentirá su ausencia, y así se pueden dejar las cosas hasta mi regreso, porque después de oportuna meditación no dejaré de presentar mis humildes proposiciones. Este contenido lo puedes adornar masónicamente bien y exponerlo convenientemente al muy venerado Maestro.” El asunto preocupa al viejo, porque Joachim Christoph Sachse, que expiró el 20 de junio, era de grado inferior al del hijo de Goethe, y éste era, en cierto modo, su jefe inmediato en jerarquía. Augusto von Goethe debía, pues, pronunciar el discurso fúnebre en la tenida que se iba a preparar, y el viejo Goethe tenía algo que ver con los preparativos.

JUBILO, OCASO Y MUERTE

Con inmensa alegría recibe Goethe el nombramiento de miembro de honor que la Logia Amalia le confiere en el jubileo de oro de su edad masónica. El magnífico diploma está dirigido "Al venerable y gloriosamente coronado Maestro en el arte real — y nobilísimo ejemplo de virtudes masónicas JOHANN WOLFGANG VON GOETHE — a él — el que en sabiduría, belleza y vigor — ha brillado y brillará con gloria..." En la logia solemnemente decorada habla el Maestro Friedrich von Müller: "Si la finalidad más noble de la unión masónica es el despertar y difundir sentimientos puramente humanos, formar y ennoblecer las fuerzas espirituales, en una palabra, la Humanidad, ¿quién ha fomentado con mayor éxito este objetivo, quién resolvió con mayor maestría ese propósito, quién vistió con mayores joyas las columnas de nuestro templo que Goethe?" Pueda, terminó diciendo, el eterno Arquitecto del Universo dejarlo ser testigo de nuestras aspiraciones por mucho tiempo todavía.

Goethe no asistió al acto. La vejez comenzaba a pesarle. Se sentía enfermo. Cuando el canciller von Müller, amigo congenial de Goethe, le trajo el texto del discurso, el festejado le dijo con el corazón lleno de gratitud: "Soy bastante viejo para poder juzgar y elogiar imparcialmente lo que se dice y se escribe en mi honor."

Transcurridos cuatro meses recibió una noticia que le afectó profundamente: su hijo Augusto, nacido el 25 de diciembre de 1789, había fallecido en Roma en la noche del 26 al 27 de octubre de 1830 y había sido inhumado en la misma capital, que el padre tanto amó. El doliente padre, afligido por una hemorragia de sangre, constató entonces con resignada tristeza que

El porvenir es propiedad paterna,
Allá yacen vastos campos de su esperanza,
Allá sus semillas de placeres en germen.

Ya iba cuesta abajo. No asistió a las exequias de la logia celebradas en honor de su hijo. Se sintió solitario. Ni Schiller, ni Wieland, ni Herder, ni el duque Carlos Augusto figuraban ya entre los vivos. Trabajaba sin descanso en sus laboratorios de física y química, y escribía y dictaba sus dichos memorables a Eckermann. Filosofaba en verso y prosa. Filosofía

de alcance universal, porque "el día en que el espíritu de Goethe, que él mismo sintió solo poéticamente, sin exponerlo con criterio científico y metódico, encontrara un Prometeo, el sistema kantiano quedaría como rocío matutino que se evapora ante el sol radiante", según Friedrich Jodl.

Filosofaba, preparándose a bien morir. En marzo de 1832 Goethe había cumplido su misión en la tierra, pasando al eterno Oriente, como dicen los masones. Sus hermanos lo sepultaron con todos los honores. En la tenida funeraria, ni un solo crespón negro, ni una sola colgadura negra. Colores frescos, vivos y alegres, raudales de flores. Entre las doscientas personas congregadas entre las columnas de la logia, destacáronse ochenta y dos hermanas vestidas de blanco, con un pequeño moño azul, en el pecho, que entrelazaba la efigie de Goethe. Los hermanos en número como de ciento veinte, de riguroso negro con el emblema de la logia, pero sin joyas ni insignias.

El compositor Hummel, discípulo de Mozart y masón como su maestro, dirigía los corales. Estuvieron presentes la viuda de Augusto von Goethe con sus dos hijitos, la hija de Herder y las nietas de Wieland. "Todo el mundo cultò comparte el dolor de la Logia Amalia", dijo el Maestro. El fiel compañero en vida siguió en la tumba al amigo ducal, fallecido en 1828. La última estrella luminosa, llena de gloria, el esplendor de esta hermandad, del gran ducado, de Alemania toda, ha desaparecido. Y así como a la puesta del sol la tierra se cubre con un velo húmedo, así caen las lágrimas de todos los ojos ante la desaparición del poeta y del sabio, nuestro querido y hondamente admirado hermano von Goethe. . . ¿Quién puede no llorar si ni lo inmortal es inmune a la destrucción?"

Fué una muerte serena, consciente. El mundo en que vivimos, decía Goethe, es un lugar en el que hemos de purificarnos, limpiar de toda bajeza el alma y el espíritu. Porque en el cielo se establece, se mide y se pesa lo que de bueno hacemos. Recomendaba superarse a sí mismo, huir de toda vanidad, vivir para los demás y aspirar a lo divino. Eso es lo que predicaba el hombre, cuyo corazón, que pocos conocían, era tan grande como su inteligencia glorificada por el mundo entero, según expresión de Jung-Stilling.

Justamente cien años después oímos, en Weimar, con García Morente, Arturo Farinelli, André Lichtenberger, Robertson y demás representantes de todo el mundo civilizado, el Coro de Thoman, de Leipzig, donde

I S O B R A N T E

vive aún la tradición de Juan Sebastián Bach, entonando la opus 44, n. 1, de Félix Mendelssonhn, hermano y amigo de Goethe:

Todo dan los dioses, los infinitos,
Todo dan a sus favoritos,
Todas las alegrías, las infinitas,
Todas las penas, las infinitas.

FUENTES UTILIZADAS PARA EL TRABAJO "GOETHE, MASON"

Archivo de la Logia Amalia, Weimar.
Archivo de la Logia Federico el Grande, Berlín.
Gespräche ueber Freimurerei, Herder, Obras Completas.
Anuarios de Goethe.
Freimaurer Analekten (Analectas masónicas), vol. 3, Weimar.
Goethe und Schiller-Archiv, Weimar.
Enzyklopedie der Freimaurerei, Lenning, Leipzig, 1828.
Goethe als Freimaurer, Gotthold Deile, Berlin, 1908.
Orient, órgano de la Logia Simbólica Húngara, Budapest (1878-1907).
Hamburgische Zirkel-Correspondenz, Medaillenwerk, Hamburg, 1898.
Oratio Goethii memoriae dicata, H. E. A. Eichstadii, Jena, 1832.
Die Bauhütte, órgano de los intereses generales de la masonería, Frankfurt a M. (1876-1904).
Hamburger Longenblatt, Hamburgo (1869-1901).
Constitutions-Buch der Grossen Loge von Hamburg, 1862.
Foreign Quarterly Review, Londres, Agosto 1832.
Goethe und die königliche Kunst, H. Wernekke, Leipzig, 1905.

ISO BRANTE SCHWEIDE